

bamos de indicar, debiendo creer y asegurar por consiguiente con la certeza mas positiva que esta religion es verdaderamente divina.

CONFERENCIA VIII.

LOS LIBROS SANTOS.

EL DR. En la conferencia anterior acordamos que mas adelante examinariamos las revelaciones hechas al hombre para manifestarle el culto que el Señor exige y para consignarle en leyes positivas los preceptos morales que al fin hubieran alterado y destruido las pasiones. Si consentís ahora en tratar de tan importante asunto, será preciso resolver dos problemas que le resumen enteramente en mi concepto: ¿Los libros que contienen estas revelaciones acaso presentan los caracteres de autoridad que se requieren para que los admitamos con entera confianza? ¿Por ventura se han hecho milagros ó profecías en favor de sus doctrinas, de una manera que prueben incontestablemente que proceden de Dios?

EL TEÓL. Sí: hoy examinaremos, como continuacion de la última conferencia, la cuestion de la autoridad de los libros en donde se hallan consignadas las revelaciones divinas. Espero resolver vuestras dificultades, Dios mediante, haciendo ver que estos escritos están revestidos de toda la autoridad que puede apetecerse para admitirlos con confianza, y probando por la existencia de muchos milagros y profecías el divino origen de sus doctrinas; pero además de esto quiero tambien probaros que el contenido de estos libros es la palabra misma de Dios. Entremos en el exámen del primer punto relativo á la autoridad de las Escrituras, y para verificarlo metódicamente, daremos principio á vuestras investigaciones por los escritos de los judíos, y luego examinaremos los libros de los Cristianos.

¿Qué es lo que puede exigirse para admitir como fidedignos los libros del antiguo pueblo de Dios? Lo mismo que se exige de los escritos profanos, en donde se hallan consignados los hechos mas importantes, es decir, que sean auténticos, verdaderos y sin alteracion. Todos estos caracteres de autoridad se manifiestan en los escritos sagrados de los judíos, en especial en el Pentateuco, que por su importancia merece un exámen particular, puesto que era el código religioso y político de aquel pueblo; y aunque los enemigos de la revelacion

han hecho grandes esfuerzos para destruir su autenticidad, no debe olvidarse que tambien han disputado la existencia del legislador de los hebreos. En nuestros dias no hay tanta mala fe en nuestros adversarios como en otro tiempo (exceptuando á los partidarios del Simbolismo), pues reservando sus ataques contra la verdad de aquellos libros, consienten en admitir la realidad de Moisés, reconocen que este personaje desempeñó en su nacion una parte de mucha importancia, y no niegan la posibilidad de que sea el autor de los escritos que se le atribuyen. Sí, la autenticidad de los libros legales es incontestable, y su verdadero autor es Moisés.

Esta proposicion se funda primeramente en la creencia de los judíos, que al parecer se hallan tan instruidos en el origen de sus escrituras como los críticos modernos. En todas las épocas de su historia, los judíos han atribuido el Pentateuco á Moisés, á quien han venerado como su gran legislador¹; los agiógrafos refieren sus decretos y los acontecimientos que mientan sus escritos; los Profetas remedian los extravíos de la nacion, conduciéndola continuamente á las leyes promulgadas por el ministro de Dios; y ¿no es acaso muy cierto que el pueblo hebreo se ha gloriado constantemente de haber recibido este código divino por medio de su libertador? Jesucristo ha sancionado esta alta idea de Moisés, recordando con frecuencia á los judíos sus libros y sus preceptos². Si preguntamos á los israelitas, que en el dia se hallan esparcidos entre todas las naciones, nos dirán, lo mismo que sus antepasados, que el hijo de Amram escribió su legislacion y que es el verdadero autor del Pentateuco; pero además de estos testimonios hay el de los samaritanos, que han conservado aquellos libros con sus caracteres primitivos, habiéndolos venerado siempre como la obra de Moisés. Los autores paganos³, que tuvieron ocasion de hablar del Pentateuco, lo atribuyen tambien al Jefe de los hebreos, lo mismo que los Padres y los Doctores cristianos.

Por último, ¿en qué época, en dónde y cómo hubiera podido introducirse de una manera fraudulenta entre los judíos un libro tan importante, revestido de la autoridad inherente al gran nombre de Moisés? Casi todos los escritores de aquella nacion hablan de él y de sus escritos, de suerte que hubiera sido preciso falsificar tambien sus obras, empezando por la de Josué, sucesor de Moisés en el mando del pueblo de Dios. Por tanto es forzoso reconocer que la autenticidad

¹ Josue, 1, 7; Judic. III, 4; III Reg. II, 3; I, XIV, 6, etc. — ² Marc. XII, 19 et 26; Luc. XXIV, 27, 44, etc. — ³ Maneton, Polemon, Diodoro, Celso, Juliano, etc.

dad del Pentateuco es un hecho evidente, y que jamás ha habido un libro profano con tantos títulos al carácter de autoridad histórica.

EL DR. Sí, esta autenticidad me parece incontestable, de suerte que para negarla es preciso tener una ignorancia muy supina ó una insigne mala fe; pero la veracidad de estos mismos libros ofrece mas dificultades. ¿Cómo defendeis esta veracidad contra los ataques de nuestros adversarios?

EL TEÓL. Puede defenderse fácilmente, con solo atender al carácter de Moisés, tal como lo presentan sus escritos y tal como lo manifiestan los judíos en sus tradiciones, si se considera en su justo valor la naturaleza de los hechos que el Pentateuco refiere, y en qué circunstancias le dió á conocer á su nacion. En sus leyes y discursos á los israelitas recomienda la práctica de la virtud y el culto del Señor, manifestándose en toda su conducta el mayor celo y el amor mas tierno á Dios. Moisés se muestra á su pueblo reprendiendo severamente sus desórdenes, y llevando su generosidad hasta el sacrificio para librarlo de la venganza de un Dios irritado; reconoce sus propias imperfecciones y sus faltas, y refiere con la mayor sencillez los hechos gloriosos y dignos que le son personales. Josefo resume en estas palabras la opinion constante que de su legislador han tenido los judíos: Era, dice, un hombre admirable, que tenia algo de divino.

Los hechos que refiere el Pentateuco son otra garantía de su veracidad. El autor ha hecho por sí mismo ó visto por sus propios ojos lo que cuenta en sus últimos cuatro libros, ó sean los acontecimientos públicos que interesan á toda la nacion, como la salida de Egipto, el paso del mar Rojo, la promulgacion de la Ley en el monte Sínai, y los prodigios verificados en el desierto. Estos hechos están admitidos por sus contemporáneos, y repetidos posteriormente por los otros historiadores y por los Profetas que los recuerdan al pueblo para excitar su reconocimiento y su fidelidad al Señor.

EL DR. Pero ¿cómo pudo Moisés conocer de una manera tan circunstanciada los hechos antediluvianos que se refieren en el Génesis?

EL TEÓL. Primeramente por la tradicion, porque estos hechos no son muy numerosos, y los hombres de los tiempos primitivos, que gozaban de una vida tan larga, podian fácilmente transmitírselos de generacion en generacion. Entre Adán y Moisés la cadena de la tradicion se conserva por medio de un reducido número de personajes de cuyo nombre ya teneis noticia: Matusalem, Noé, Sem, Isaac, Leví y Amram, padre de Moisés. Por lo que hace á los pormenores

genealógicos y otros, es posible que los sacara de documentos antiguos, como creen la mayor parte de los comentadores, y además no tardaremos en establecer las relaciones extraordinarias y sobrenaturales que Moisés tuvo con Dios; de suerte que pudo muy bien saber por medio de la revelacion todo lo que habia ocurrido en los tiempos primitivos.

Las circunstancias en que el autor escribió el Pentateuco hacen imposible su falsedad. Los hechos que refiere, como llevamos dicho, fueron presenciados durante cuarenta años por un pueblo numeroso: en virtud de aquellos grandes acontecimientos el legislador establece prácticas y solemnidades como otros tantos monumentos de los prodigios que cuenta, como la Pascua florida, la de Pentecostes, la fiesta de los Tabernáculos, etc.; y no es posible que una nacion entera se deje imponer leyes penales y rigurosas, una religion sobremanera molesta por la multiplicidad de sus ceremonias, si los sucesos con que están enlazados esencialmente fueran fábulas muy mal hilvanadas. Mal hilvanadas digo, porque un impostor diestro hubiera supuesto aquellos hechos en una época vaga y anterior, mas no en un tiempo y en unas circunstancias en que toda la nacion hubiera podido desmentir fácilmente sus asertos.

EL DR. ¿Es acaso imposible que estos libros hayan acabado con el tiempo por alterarse? En esta hipótesis confieso que será incontestable cuanto acabais de decir del autor y de su veracidad, pero sin ulteriores resultados, porque un escrito alterado no puede inspirar confianza alguna á su nacion ni á los extrájeros.

EL TEÓL. Semejante alteracion es imposible, no solo por la profunda veneracion que profesaban los judíos á sus libros, sino tambien por la frecuencia con que de ellos hacian uso. Moisés habia prohibido severamente añadir ni quitar nada á la ley¹; el autógráfo mismo de este legislador estaba depositado junto al arca de la alianza²; los hebreos poseian muchas copias de aquel libro venerado, que estaba casi continuamente en manos de los sacerdotes y de los magistrados, no debiendo omitirse que las copias se tomaban exactamente del original mismo, y se entregaban á los jefes elegidos, para que pudiesen estudiar la ley y conformarse con ella. Cada siete años debia leerse en presencia del pueblo³; el sábado se explicaban algunos de sus pasajes en las reuniones, y la tribu de Leví estaba encargada de velar en la conservacion de tan precioso tesoro, que contenia las leyes religiosas y políticas de la nacion, la historia de su glo-

¹ Deut. iv, 2. — ² Ibid. xxx. — ³ Ibid. xxxi.

riosa independencia, las promesas y las amenazas tan propias para influir en sus destinos. ¿Cómo era posible que este Pentateuco, tan profundamente venerado, conservado con tanto esmero y del que se hacia uso pública y continuamente, fuese alterado en su fondo y en su sustancia?

Además, ¿en qué época se hubiera hecho esta alteracion? No seguramente en la de Moisés ni de Josué ni de los primeros jueces, porque los hechos eran entonces sobrado manifiestos y recientes para que fuese posible desnaturalizarlos; pero si la alteracion se hizo despues de aquellas épocas, tambien debieron corromperse los libros de Josué y de los Jueces, que aluden al Pentateuco como á la verdadera obra de Moisés. Á proporción que aumenta en aquella nacion el número de los escritos, se hace mas difícil corromper los del gran legislador, por el enlace que forman con todos los libros posteriores, puesto que citan la misma legislacion y las mismas prácticas religiosas, y refieren los mismos acontecimientos que ilustraron al pueblo de Dios. ¿Creeis acaso que la alteracion pudo verificarse en tiempo de Roboan, ó sea despues de la separacion de las tribus? Ya conocéis la rivalidad y el odio que existian entre Judá é Israel; y á buen seguro no hubieran faltado las mas violentas reclamaciones, si en uno ú otro de aquellos reinos se hubiese corrompido un libro que inspiraba igual veneracion. Además el Pentateuco es actualmente el mismo en todos los textos, aunque escrito en caracteres diferentes.

EL DR. Nada tengo que oponer á las razones que establecen de una manera tan sólida la autoridad de los libros de Moisés. ¿Son igualmente decisivas las pruebas que teneis en favor de los otros escritos del Antiguo Testamento?

EL TEÓL. Los mismos motivos tenemos para admitirlos con confianza, porque los judíos, que por cierto son mas competentes que nosotros en este punto, los han considerado siempre como auténticos¹; y aunque no conocemos en el día cuáles fueron los autores de algunos de ellos, podemos asegurar sin embargo que no son suposiciones, y que pertenecen verdaderamente á la época que les atribuyen los judíos y los Cristianos.

Tampoco puede tenerse la menor duda sobre la veracidad de estos escritos, como que refieren hechos ocurridos en medio de la nacion, ó contienen profecías que siempre se cumplen, y preceptos de moral muy propios para santificar á los hombres y destinados á ha-

¹ Nos referimos especialmente á los libros proto-canónicos, pues ya hablaremos de los otros mas adelante.

cer de los judíos una gran familia cuyo padre y defensor es Dios. La integridad de estos libros aparece con evidencia en el respeto que les profesaban los hebreos y en las copias que de ellos se hacian. El gran número de estas copias hacia físicamente imposible una alteracion posterior, y luego ¿cómo podian motivarse semejantes mutilaciones? ¿qué interés podia introducirlas en aquel pueblo numeroso? Si algunos particulares, sacerdotes ó reyes hubiesen probado á realizarlas, á buen seguro se hubieran levantado de todas partes las reclamaciones mas enérgicas. Los judíos admiten como canónicos estos libros, á excepcion de dos ó tres de cuyo texto hebreo carecemos, no debiendo omitirse que les dispensan una confianza absoluta bajo el punto de vista político, religioso é histórico.

EL DR. Mientras estábais razonando sobre la autoridad de las escrituras judías, confieso que no comprendia ni comprendo todavía su importancia. ¿Qué nos importa la autenticidad ni la veracidad de unos libros tan antiguos? Tengo para mí que bien pudiérais ahorraros todas estas investigaciones, estableciendo tan solo la autoridad de los escritos del Nuevo Testamento, que contiene las revelaciones del Cristianismo. Como quiera, al fin hemos llegado á este punto, aunque por un camino largo, y espero que los examinaréis con el mismo esmero y con todos los pormenores con que habeis hablado de los libros del pueblo judío.

EL TEÓL. Con pocas palabras basta para daros á entender las relaciones que existen entre las sagradas escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. ¿Cuántas veces no habeis observado que el Evangelio y los otros libros santos invocan la Biblia de los hebreos en favor de los hechos y de los acontecimientos relativos á Jesucristo y á su doctrina? ¿No son estos los escritos en donde se hallan consignadas las grandes profecías que tan claramente demuestran la venida y la divinidad del Mesías, desarrollando á nuestra vista la historia de la infancia, de la predicacion y de los sufrimientos del Salvador en los mismos términos con que podrian contarla testigos oculares? ¿Por ventura el Antiguo Testamento no era la figura del Nuevo, como una profecia continua de la religion que debia sucederle? ¿No son estos acaso los libros por donde sabemos nuestro origen, nuestro estado primitivo, la caida del hombre, su penitencia y su reconciliacion con Dios por el medianero que en ellos está anunciado? Tales son, entre otros, los motivos que nos inducen á defender la autoridad de estas Escrituras contra los ataques de los enemigos de nuestra Religion; y no tiene duda que estos enemigos saben muy

bien que al destruir las bases del Antiguo Testamento podrian contar con la destruccion del Cristianismo.

Examinemos ahora con el esmero y con la detencion que deseais, si el Nuevo Testamento reúne los caracteres de autoridad que acabamos de observar en el Antiguo. El primer problema que debe resolverse consiste en averiguar si nuestros libros son auténticos, ó si pertenecen realmente á los autores cuyo nombre llevan, y por consiguiente á la época en que los creemos escritos. Es constante que los Católicos admiten estos libros como obra de los Apóstoles y de los Evangelistas; pero nuestros adversarios, aunque se ven forzados á reconocerlo, suponen que esta creencia no procede de los primeros siglos de la Iglesia, sino tan solo del concilio de Laodicea, celebrado á principios del siglo IV. Razon es esta muy extraña, y á la que podemos oponer argumentos materiales; pero prescindiendo de san Clemente, de san Ignacio, de san Policarpo, de san Justino, y de san Ireneo, que vivieron en los siglos I y II de la Iglesia, y cuyas obras manifiestan que atribuian á sus verdaderos autores las santas escrituras del Nuevo Testamento; prescindiendo igualmente de Orígenes, que tanto escribió sobre los Libros santos, y de Tertuliano, que los aducia en sus Prescripciones como una prueba incontestable de la verdad de la Religion, podemos asegurar que la autenticidad de los Evangelios y de las Epístolas era generalmente reconocida¹. Recordemos las palabras de aquellos grandes Doctores. Orígenes, citado por Eusebio, nos dice: «Por la tradicion sabemos, respecto de los cuatro Evangelios admitidos en la Iglesia universal, que el primero lo escribió Mateo, el segundo Marcos, el tercero Lucas, y el cuarto Juan².» Tertuliano escribió resueltamente: «Recorred las iglesias fundadas por los Apóstoles, y en ellas oiréis la lectura de sus cartas auténticas³.» «Y luego, si estos libros fueran suposiciones, no hubieran dejado de impugnarlos como tales los judíos y los demás enemigos de los Cristianos ni de servirse con mucha ventaja de un medio tan propio para arrojar en sus Escrituras la mancha del descrédito y del menosprecio; pero lo cierto es que en ninguna parte se observa una inculpacion semejante.»

Cuando preguntamos á nuestros adversarios cómo es posible que unos libros que hasta el concilio de Laodicea fueron *apócrifos*, se aceptaran en lo sucesivo como auténticos, responden que debió de ser por efecto de la precipitacion, de la sencillez, de la ignorancia ó

¹ Nos referimos especialmente á los libros proto-canónicos. — ² *Hist. ecl.* 1, 6. — ³ Tert. ap.

del espíritu de secta. Por tanto debemos demostrar por el carácter de los que reconocieron la autenticidad del Nuevo Testamento en los siglos IV y V, etc., que estas causas no pudieron influir en la confianza que les otorgaron. Si se nos dice, por ejemplo, que los grandes Obispos de aquellos dos siglos, honra y gloria de la Iglesia de Oriente, eran hombres sencillos, ignorantes ó fanáticos, contestaremos que estas calificaciones no pueden hermanarse en manera alguna con los célebres nombres de Basilio, de Gregorio Nacianceno, de Juan Crisóstomo, etc., ni tampoco con otros varones no menos ilustres de la Iglesia de Occidente, como los Ambrosios, los Jerónimos, los Agustinos y otros muchos que tenian el *candor* de venerar aquellos escritos como la obra de los Apóstoles ó de sus discípulos.

No era seguramente sencillo, ignorante ni fanático Juliano Apóstata en favor de la religion cristiana, y sin embargo reconocia la autenticidad de nuestros Libros santos, como se colige por los decretos que expidió para prohibir á los Cristianos el estudio de las letras humanas: «Debieran contentarse con comentar en sus reuniones á Lucas y á Mateo.» En otra circunstancia decia Juliano: «Ni Pablo, ni Mateo, ni Lucas, ni Marcos se han atrevido á asegurar que Jesucristo fuese Dios; mas el bueno de Juan, viendo que esta enfermedad se habia apoderado ya de una muchedumbre numerosa en varias ciudades de Grecia, y sabiendo tambien, como lo creo, que los sepulcros de Pedro y de Pablo eran reverenciados, aunque secretamente, atreviése á sentarla el primero diciendo: *El Verbo se ha hecho carne, y ha vivido entre nosotros*¹.» Finalmente, para dar al traste con una suposicion semejante, preguntaremos en qué época pudo realizarse, durante la vida de los Apóstoles, ó despues de su muerte; y si se nos responde de una manera satisfactoria, consentiremos en aceptarla. Así tenemos derecho á decir de estos escritos sagrados, lo mismo que del Pentateuco, que no puede citarse una obra profana cuya autenticidad se manifieste tan claramente, y se establezca sobre autoridades mas imponentes. Se dirá tal vez que nuestros libros pueden ser tan apócrifos como otros evangelios y epístolas, pero lo cierto es que las iglesias no confundieron nuestros libros con estas producciones equívocas y efímeras, reconociéndolos y defendiéndolos como escritos por los autores cuyo nombre llevan; al paso que los otros evangelios, segun los hebreos, los nazarenos, los egipcios, el evangelio de Nicodemo y otros no pudieron sostener un instante el examen de los pastores ó de los fieles. En efecto, no

¹ Jul. apud S. Cyr. Alex. l. 10.

tardaron estos últimos evangelios en verse rechazados y condenados al olvido, al paso que todas las iglesias católicas en sus reuniones hacian uso de los mismos libros que actualmente poseemos.

EL DR. Despues de unas pruebas tan manifiestas, me parece imposible dudar de la autenticidad de los libros del Nuevo Testamento. Supongo que su veracidad está fundada en argumentos no menos sólidos.

EL TEÓL. Y suponeis muy bien. Vamos á ver en qué razones se funda esta veracidad: primeramente decimos que los Apóstoles y los Evangelistas no fueron engañados sobre los hechos que refieren, pues estos escritores sagrados son ocho, y entre ellos hay cinco que fueron testigos de la mayor parte de los sucesos que nos han transmitido. San Pedro, san Mateo, san Juan, Santiago y san Judas pueden decir: *Esto que vimos y oímos, es lo que os anunciamos* ¹. San Lucas, san Marcos y san Pablo fueron contemporáneos de los mismos hechos, y escribieron lo que habian oido de los mismos Apóstoles ó de otros testigos fidedignos, como lo asegura san Lucas: *Conforme nos los tienen referidos aquellos mismos que desde su principio han sido testigos de vista y ministros de la palabra evangelica; parecióme tambien á mí despues de haberme informado de todo exactamente desde su primer origen, escribirtelos por su orden* ². De lo que refieren sus actas se deduce que lo vió casi todo por sus propios ojos. Además sabemos que el príncipe de los Apóstoles aprueba y sanciona, si así vale decirlo, las obras de estos tres escritores sagrados: en los primeros siglos el Evangelio de san Marcos era llamado Evangelio de Pedro, porque los Cristianos estaban persuadidos de que en él habia tomado parte; y el Evangelio de san Lucas obtuvo la aprobacion de san Pablo, consignada en sus epístolas, las cuales reconoce san Pedro en el hecho de citarlas (II, 11). ¿Qué interés podia inducir á dichos escritores á referir mentiras? No ignoraban que era ofender mucho á los judíos imputarles crímenes de crueldad é injusticia, divulgar la hipocresía de sus doctores, y manifestar otros hechos que deshonoraban á la nacion, y por consiguiente sabian que les estaba esperando la persecucion, el desprecio y el mas severo castigo. Bien sabeis que esta es efectivamente la suerte que les cupo; pero no dejaron de atestiguar lo que escribieron con su constancia en la flagelacion, en las cárceles y en el derramamiento de su sangre. Por otra parte, el carácter de los Apóstoles no se presta mucho al ambicioso proyecto de alucinar al mundo entero, y de erigirse en doctores suyos obligándole á

¹ I Joann. 1. — ² Luc. 1.

aceptar una religion basada sobre la mentira y la hipocresía; pues ya veis el candor y la admirable sencillez que manifiestan sus escritos, contando ingénuamente la manera con que ocurrieron aquellos sucesos. Ni una palabra hay que arguya destreza, arreglo, un solo proyecto estudiado, ni menos pasion, cólera ó resentimiento; de suerte que parecen extraños á lo que describen. ¿No llevaron acaso la abnegacion hasta el extremo de confesar públicamente sus defectos, su tosquedad, su ignorancia y su pusilanimidad? ¿Seria posible que unos hombres semejantes fueran políticos profundos, astutos, devorados por la ambicion de reinar sobre el mundo por su doctrina, y por último firmes y valientes hasta el heroismo, con que arrostraron los suplicios y los tormentos que terminaron su vida?

Pero vuestra hipótesis no puede sostenerse, aunque se atribuya á los Apóstoles este carácter de astucia, de artificio y de ambicion insensata; porque para ello debiera destruirse la naturaleza misma de los hechos referidos en los libros del Nuevo Testamento. Si los Apóstoles los hubiesen inventado, no hubieran dejado de perseguirlos por impostores los judíos que habian vivido con Jesucristo. Hablais de milagros, hubieran dicho, mas ¿dónde se han verificado estos milagros? ¿Cómo os atreveis á referir una muerte acompañada de circunstancias sobrenaturales que solo existen en vuestra imaginacion desarreglada? ¿qué viene á ser esta resurreccion tan extraordinaria, cuando no ha habido muerte? Lo cierto es que en lugar de semejantes reclamaciones de parte de los judíos, vemos otras á millares que aceptan la solidaridad de estos hechos á los pocos dias de su cumplimiento. ¿Qué harémos, dicen en su arrepentimiento religioso, para alcanzar el perdon de nuestro crimen? Y se declaran discípulos del Cristo cuya muerte habian pedido, porque están convencidos de su resurreccion y de su divinidad, atestiguada por los milagros de que fueron testigos. (*Act. 11*).

Por último, si los Apóstoles fuesen impostores, resultaria que la parte mas considerable y mas instruida del mundo aceptó su mentira y su hipocresía, debiendo tambien decirse que millares de Mártires se dejaron inmolar, seducir y fanatizar por unos cuantos pescadores de Judea. Es preciso escoger entre estas imposibilidades ó paradojas y la veracidad de los escritos apostólicos. Los Apóstoles se dividen el mundo para predicar el evangelio de salvacion con su severa moral y con sus dogmas incomprensibles á la razon; anuncian la doctrina de Jesús, sus humillaciones, sus sufrimientos y su muerte en la cruz, aunque no ignoran que es un escándalo para

los judíos y una locura para los gentiles; y muchos hombres, distinguidos por su condicion, por su saber ó por sus riquezas, abrazan el Cristianismo á costa de los mayores sacrificios. No ignoran estos hombres que su conducta les atraerá el desprecio, el ultraje, la pérdida de sus bienes y de sus empleos, el destierro, y la cuchilla de los tiranos, y sin embargo aceptan estas creencias sin deliberacion ni exámen, siendo así que parecia muy natural que procurasen saber ante todo en qué consistia la buena doctrina, en qué pruebas se apoyaba, de dónde procedian los libros que se les presentaban como la verdadera historia de la milagrosa vida, de la muerte y de la resurreccion del Cristo, y como la coleccion de sus preceptos, de su moral y de sus misterios. El que suponga que lo hicieron por otros fines, los considera ciertamente como los mas insensatos y mas estúpidos de los hombres.

EL DR. Demos de barato que estos libros debian inspirar una confianza completa cuando se publicaron; pero ¿podemos estar ciertos de que en el día los poseemos en el mismo estado en que fueron comprados?

EL TEÓL. Sí; podemos asegurar que no han sufrido ningun cambio esencial. Si se hubiese intentado hacer en ellos alguna alteracion durante la vida de los varones apostólicos, no hubieran estos dejado de pronunciarse contra unas tentativas tan sacrilegas, divulgándolas á los fieles, y rectificándolas, en caso de necesidad, con nuevas copias de sus escritos. El espíritu de verdad que los animaba, su celo por la Religion y su santidad no nos permiten dudar de su vigilancia ni de su solicitud sobre una materia tan importante.

Luego despues de su muerte, no era posible una corrupcion semejante, cuando quedaban grabadas en la inteligencia y en el corazon de los fieles la memoria, la predicacion y la doctrina de los Apóstoles, pues los Cristianos hubieran exclamado con energía: No es esto lo que nos enseñaron nuestros maestros en la fe; al paso que muchas iglesias hubieran presentado los autógrafos que conservaban con veneracion. En aquella época la religion cristiana se hallaba esparcida en todo el imperio romano y en otros pueblos, lo mismo que sus tradiciones; los fieles poseian muchos ejemplares de los sagrados Libros, y por consiguiente para convencerlos de lo contrario hubiera sido preciso adquirirlos todos, y hacerles adoptar doctrinas opuestas á la que creian. Posteriormente dichos ejemplares llegaron á ser innumerables por las versiones que de ellos se hicieron; y no es posible concebir la posibilidad de una corrupcion algo notable. Además está de-

mostrado que en las mismas versiones de que hacemos uso actualmente no hay ninguna diferencia esencial; pues aunque en ellas se observan muchas alteraciones, todas se reducen á ligeras omisiones, á faltas de gramática ó de ortografía y á simples transposiciones. Á esto podemos añadir que nuestros libros no se han corrompido, porque su sustancia se encuentra tambien en los mismos términos en las muchas obras de los primeros Padres de la Iglesia, de suerte que seria preciso demostrar que los escritos de tantos y tan santos Doctores han sufrido las mismas alteraciones.

Preguntaremos finalmente á nuestros adversarios ¿á qué religion hubieran pertenecido los corruptores del Nuevo Testamento? Si se los supone católicos, es necesario indicar el interés que pudo determinarlos á alterar los sagrados Libros; alteraciones que hubieran debido adoptar todas las Iglesias á la vez ó sucesivamente. ¿Será que millones de hombres de varias naciones se pusieron de acuerdo para modificar sin razon unas creencias establecidas desde largo tiempo, ó unos libros que veneraban hasta el punto de preferir la muerte á abandonarlos á los enemigos del Cristianismo? Tambien hubieran debido prestarse los herejes á semejantes alteraciones, puesto que tambien tenian nuestros Libros santos; y ¿creeis acaso verosímil ó posible esta fusion? Mas si solo se atribuyen estos cambios á los herejes, ¿cómo podian hacerlos sin excitar las reclamaciones de los Católicos? La imposibilidad es mayor todavía, podemos decir, si se atribuye la corrupcion de estos libros á los judíos ó á los paganos. «Mucha impudencia se necesita por consiguiente, diremos con san Agustín, para sostener que se han corrompido las sagradas Escrituras.» (*De Util. cred.*).

CONFERENCIA IX.

LOS LIBROS SANTOS CONTIENEN MILAGROS Y PROFECÍAS.

EL DR. Ninguna duda tenia con respecto á la autoridad de los Libros santos; pero los términos con que habeis tratado de este asunto han rectificado mis ideas y fortificado mi creencia en muchos puntos, de modo que en lo sucesivo tendré mas recursos y mas confianza para demostrar la autoridad de nuestras Escrituras, cuando mis amigos, que no comparten mis convicciones, me den ocasion de discutirla.